

De trayectoria intensa, ha concurrido a numerosos certámenes literarios en Castilla-León, Madrid, Andalucía, Extremadura, Asturias y la Comunidad Valenciana, obteniendo los siguientes: "Primer Premio en el Concurso de Cuentos Día Mundial del Medio Ambiente (Junta de Castilla y León, 2006)", "XXVI Certamen de Cuento Corto Ayuntamiento de Laguna de Duero", "III Certamen de Relatos Breves Ayuntamiento de Aranda de Duero", "XXIX Certamen de Cuentos Pluma de Oro de Alcorcón", "VII Certamen Literario Al Andalus de Relato Corto" y "IX Concurso Literario Villa Peñaranda de Duero".

Jorge Saiz Mingo

(Burgos, España)

Primer Accésit del Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

EL SUSPENSO

1 Begoña clavó su instinto en el tablón de anuncios y lo que vio le arrebató el ánimo, un tres coma siete en fonética histórica, el pecho con un jadeo de galgo famélico. Sus cejas vibraron milimétricas y una arruga gorda se encastró en la belleza trigueña de sus mejillas, la rabia vehemente. Luego se giró y observó el movimiento de las decenas de corredores de la facultad, un mar de coronillas en pos de las calificaciones de junio. El horror se estancó en la cuenca

de su desdicha, la amenaza de septiembre consumada, el único cate en la honra suprema de su carrera. Se sentó en un banco pintarrajeado con un remolino de nombres, Ana, Alfredo, América, las aes fructíferas, los



corazones aún adolescentes. Sus pantorrillas se revolucionaron con un temblor de sismo, el disparate amparado en su esencia de alumna aplicada. Pensó de inmediato en la reacción de su padre, pero hija, un énfasis neutro, matizado por la cantidad de coñac ingerida en la obra, la nariz encarnada, casi un rastro de chinchillas en cada fosa, la espalda fornida a punta de pico y pala. El tráfago de su reflexión se detuvo anquilosado en otra persona, en su novio Juan, el plan estival pospuesto *sine die*, una fracción de segundo ahogada en la sinceridad tajante. Entre los dos surgiría, con toda probabilidad, un malentendido afincado alrededor de una copa nocturna, la discoteca repleta de caderas alborotadas, cada lengua pulida por la lija de la resaca dominical. Una lágrima estuvo en un tris de precipitarse por sus carrillos, pero se contuvo, la personalidad recia, aferrada a la diligencia ante la adversidad. El recuerdo de su madre le retumbó en el espinazo, Begoña, tú puedes, estoy segura, la desaparición precoz, enrocada en un cáncer de mama diagnosticado con tardanza, el sosiego familiar hacheado. Se calibró las uñas y el esmalte jaspeado que se había pintado por la mañana le agradó de nuevo, un verde con hebras violetas, un reflejo inusitado bajo la luz halógena de la cafetería. Pidió un té con leche fría, la garganta con una sed de pantano, el pincho de tortilla exiliado en un tremedal de malas noticias. Mientras intentaba domar al gusano de su resquemor, distinguió al profesor de fonética a la vera de la máquina del tabaco, un cigarrillo a modo de varita mágica en los dedos.

Buenas, me gustaría revisar el examen, y la voz de Begoña serpenteó oficiosa por el mostrador, cuatro rostros estupefactos vueltos en su dirección, las tazas humeantes, dos cruasanes a la plancha con brochazos de margarina.

Un silencio de extremaunción se apoderó de la situación hasta que el aludido se dignó en contestar, pues, en ese caso, si estás realmente interesada, un retintín de sargento burlón en el tuteo. El bigote mal recortado esgrimía una elegancia castrada por las prisas o el desdén, la raya del pantalón planchada por una pericia ajena, un traje almidonado. Ya en las escaleras que conducían al despacho Begoña vislumbró la silueta del caos en lontananza, la educación vapuleada por la ira, pero tú que te has creído, a lo mejor un diálogo de sordos empecinados en fecundar el desatino. Ella había deteriorado la pausa del café con aquella especie de petición extrajudicial, un capitán acostumbrado a la sumisión innata de la tropa, un párroco vituperado por una feligresa díscola. El aire del cuarto olía a naranjas agrias y un cuadro abstracto, borrajado con una naturaleza muerta, se acurrucaba tras el profesor, la mesa con un desorden de muladar. Los bolígrafos descollaban descabezados, los lápices romos, el teclado del ordenador con muescas de senilidad, la piedad enfrascada en un galimatías de infante desbordado por la vicisitud. A Begoña le sorprendió, de entrada, que su apellido estuviera remarcado con un rotulador fosforescente, el porqué intuido en el vigor de su inteligencia. Tal vez se tratara una aversión enmascarada desde el comienzo del curso, quizás una inquisición primeriza, cautelosa en su boca de veinte años, ¿pasa usted lista a diario? En aquel entonces él no respondió y se entretuvo adrede detallando la evolución de una consonante que a lo largo de los siglos había cambiado de grafía en innumerables ocasiones. El resto de la clase se pasmó ante la mudez del catedrático, un cuchicheo de chismes protuberantes, la fotocopia del programa anual anegada en la tensión del instante.

En esa pregunta me merezco un punto completo, y la rotundidad de la afirmación se estampó contra el ceño furibundo del docente, un ojeo torvo de jabalí acosado, los colmillos alabeados por la cólera.

Entonces el profesor tarareó una perorata acerca de la importancia de la síntesis, si pudiera comprender los cimientos de la teoría, el tratamiento distante, compaginado con un manoteo teatral, un prestidigitador ensalzado en una función de chistera y conejo. Blandía un acento diferente al utilizado en el aula, las cuerdas vocales empalagosas, retóricas, un blablablá de cotorra amaestrada. Begoña parpadeó ante la avalancha de sandeces infumables que su tímpano asumía, el hombre fuera de sí, enajenado, hundido en un abismo de nasalizaciones absurdas. El timbre de su móvil tintineó con una melodía anticuada, pero él lo ignoró, las frases atropelladas, la solución perentoria. Al final del sermón una ansiedad súbita se enquistó en la cerviz masculina, un sí encadenado a una ristra de noes, un balbuceo de bebé con afán de tetina. Tras repasar las diez cuestiones se miraron con fijeza de toro bravío, los iris del profesor embarrados en un fango de intrincada definición, las pupilas retintas de Begoña arrastradas por la seguridad de acaparar la razón, la tragedia superada en un pispás de castañeta. Un cinco rodeado con un círculo rojo se redondeó en la parte izquierda de la hoja, el aprobado izado en una bandera de victoria indefectible, ahora estarás contenta, la interrogación grumosa. El carácter férreo de Begoña, enjaulado en un puño, se ensanchó y el cuadrilátero se amustió desierto, el rival noqueado.

2 Juan, sentado en el césped, se recreó celando el anadeo de los muslos de Begoña, una isla botánica en medio del asfalto urbano, un pinsapo con sombra agradable. La penumbra se extendía idónea para

celebrar el éxito en todas las asignaturas, las vacaciones con pronóstico de camping enamorado. Pero Begoña empalideció nada más llegar, un trallazo de penuria anidado en sus sienes de muñeca de porcelana, el beso soso, desbaratado, las manos enlazadas en una trenza de falanges sin entusiasmo. Una urraca volitó con garlidos de ave de mal agüero, los sentimientos avinagrados por algún suceso indomeñable, la sobriedad porfiada. Begoña lloró constreñida, una fémina habituada a los sobresalientes, a las alabanzas dentro y fuera de la facultad, la faz curtida por el cierzo de la perspicacia. Por qué, un punto y aparte acribillaba su *curriculum vitae*, lo desconocido encaramado a su nuca con garras de águila ratonera, la maldita asignatura de fonética histórica estrujada en su seso. Juan, un buen chico con las ideas claras, los músculos modelados por las pesas, entendió a medias su desazón y le acarició el cuello con dulzor de frambuesa. Cariño, la palabra reptó preñada de candor, las pieles arrejuntadas en una exposición de penas compartidas. Caminaron con desgano entre los arbustos del parque, la senda marcada con cal en el verdín del suelo, el oxígeno magnificado por la confianza, la lealtad empotrada en el muro de las lamentaciones. El cinco raspado barnizaba el ambiente con una pintura indeleble, una birria entronizada en un altar de ruegos, Begoña ultrajada por el dardo del enojo, su estela impoluta afeada por un borrón injusto.

Pero al final te ha aprobado ¿no?, y la gasolina tonteó con el fósforo, el vaticinio de la desavenencia más fidedigna que nunca, un cero orondo en templanza viril.

Begoña dejó plantado a Juan y corrió como una descosida hasta que el resuello le obligó a parar delante de una fuente, la conciencia



desnortada, el enfado ciclópeo. Bebió embutida en el fragor del frenesí e imaginó a su padre repantingado en el sofá enfrente de la televisión, un grito de hinchacacérrimo gol, la ele larga, atenuada por la crispación de su incontinenencia urinaria. El váter siempre amarilleaba cuajado de gotas opacas, el hueco de la madre vacío con celeridad de rayo deletéreo. En el vértice de esa representación fantasmagórica Begoña se detuvo, un alarido de hembra magullada, un latigazo de sal en el corazón. Urdió la venganza en un santiamén de guiño, los hombres caricaturizados por un dibujante cruel, una trampa en su disfraz de pitonisa, un cuchillo filoso sisado en la cocina del lar.

3 La fiesta de clausura del curso brillaba en la monotonía vespertina del jueves, una barra de bar en una esquina del campus, los vasos decuplicados entre los estudiantes, los profesores con sus mejores galas para impresionar al rector. Las manos se estrechaban a mansalva, una cascada de besos castos, oh, sí, cómo no, todos solícitos, felices, embrollados en el último acto de la temporada. Begoña apareció vestida con ropa discreta, los vaqueros ajustados pero sin exageración en el talle, una camiseta blanca con un reborde de lentejuelas en las mangas, unas sandalias achocolatadas. Se moderó con el maquillaje, solo un leve resplandor en los mofletes, el bolso grande, experto en camuflajes. Después de varios discursos insulsos le tocó el turno al delegado de su clase, un rubio atlético de iris garzos, la voz atiplada, en mi humilde opinión, ejem, la interjección zalamera, inscrita en un semblante de pollo frito, los aplausos parcos. El profesor de fonética, una pajarita de donjuán fracasado, izaba con estrépito la copa plástica de champán en cada brindis, una ebriedad fútil remansada en las encías. Si de mi dependiera, una retahíla de consejos para abombar la estadística del nivel académico nacional, la chulería

engominada, el flequillo ridículo. Cuando vio a Begoña se le atoró la dicción, un revés lívido en su tez cuarteada, las gafas de empollón torcidas, la saliva con visos de grandilocuencia cercenada. Farfulló una excusa dramatizada, disculpen, la precariedad ensartada en un espetón de asar cebones, la simbiosis con voracidad de barracuda.

Hola, doctoranda, y la broma se esfumó en un laberinto de tomas y dadas, la madurez explosiva, Begoña con chispas purpurinas en los ojos, un retortijón rudimentario en el vientre.

Se aproximó a él con cautela de anaconda, las rodillas consolidadas, las ínfulas agigantadas. El corrillo se anonadaba por la magia demoledora del instante, la deshonra del suspenso inyectada en su majestuosidad, una legión de bríos hincada en su personalidad. Pasó de largo, sin más, la rabadilla arrollada en un halo de bienaventuranza, un caminar lento, casi un reptar de culebra de agua. La fragua de los chascarrillos refulgió incandescente, la juventud exuberante. Se juntó con un grupo de compañeras de clase que brincaban pletóricas por el desenlace favorable del curso, olé, olé, un ritmo taurino de embestidas contra el aire, las melenas al viento. Begoña, la barbilla erecta, disfrutó del jolgorio y abandonó al profesor anclado en una bahía de mareas procelosas, la verdad empañada por el desfile de los licenciados. Algunos zigzagueaban con una melopea de órdago y otros cabeceaban cejjuntos, con la responsabilidad cosida a la indefensión del futuro. Sobre las dos de la madrugada se dio por concluida la juerga, el altavoz con argumentaciones de cazalla, señores. Una carcajada de vampiro proclamó la supresión de la música, algún vecino airado encajado en la ventana con la escopeta de postas por si acaso, los murciélagos ávidos por cosechar su ración de insectos. Begoña



enfiló el sendero de la salida en solitario, el cuchillo inerte en su bolsa, la muñeca trémula ante el pavor, un borbotón de baba espesa en el paladar. Una sensación de ídolo arrojado sin miramientos a la basura se alojó en su inteligencia, los cuerpos cansados, apoteósicos, enmarañados en una cordialidad de tarea finiquitada. El busilis de la cuestión permanecía intacto en su seso, un cinco exacto, una vergüenza reconcomida en medio de la vorágine festiva, la alumna más apta, famosa por sus siete matrículas de honor. Aún recordaba el broche de papel charol en el ecuador de la carrera y la loa del jefe de estudios, esperamos muchísimo de ti, una lágrima viva en su pómulo de loza inmaculada.

Buena suerte en la vida, Begoña, y escuchar su nombre en boca del profesor de fonética se le despedazó la calma, un éxtasis de contorción erigido entre los dos, el cielo negro, la fuerza de su pulpejo sólida.

Un chirlo brotó conciso, zas, otra cuchillada en la cara asombrada del profesor, zas, la yugular apuntillada, la raja expuesta a la mirada morbosa de todos los concurrentes. Una risa boba se emplastó en la jeta del herido, las ojeras convulsionadas por la sorpresa, oh, la exclamación lacada por un dejo barriobajero, zorra. Begoña corrió desahogada por los jardines de la facultad, el monumento a la paz con un reflejo fucsia en las aristas, un par de excrementos caninos pegados a sus suelas, la posibilidad de un porvenir aleado a Juan abrasada. Con ímpetu de mastín empeñado en exterminar a los lobos, Begoña subió los escalones de su casa en busca de la desgracia, el rellano del tercero derecha coronado en un periquete. La cerradura crujió con un tono de juramento promisorio, un ronquido de oso pardo en el estuario del pasillo, la nada aventurada en los flecos de la alfombra vieja. Begoña visualizó su perdición con espanto,

el sudor copioso, el plantígrado ajeno a la urdimbre del refrán, de perdidos al río. Izó el puño en un alarde de heroína caballeresca, un sinfín de puñaladas a la virulé, un abanico de motas sanguinas en rededor. El moribundo expelió un reniego atónito, la hoguera de la emoción femenina desbocada, la docilidad efímera, adiós papá, una despedida de niña pizpireta en el fondo de su alma.